

**CORRESPONDER CON GRAN GENEROSIDAD
AL DON QUE DE SI MISMO NOS HACE NUESTRO
SEÑOR EN LA ENCARNACION Y EN SU
PASION**

Marzo, 25-1881

Mis queridas Hijas:

Siguiendo la meditación de los sufrimientos de Cristo y de los inmensos dolores que soportó por nosotros, después del sentimiento de ternura que debe adherirnos a sus llagas y hacernos sentir cada uno de sus sufrimientos, pienso en lo que nosotras podemos darle; es decir, en la generosidad. Debemos ver ahí la incomprensible generosidad de Dios hacia nosotros y tratar de corresponder con nuestra entrega a El. No diré como se nos da Dios, porque no llegaremos nunca al grado de amor Suyo, pero sí imitando ese amor.

El Misterio de hoy, cuyo recuerdo retiene la imaginación sin poder olvidarlo, es el Misterio de la gran generosidad de Dios hacia el hombre. Es la donación completa de Dios, encarnándose, descendiendo al seno de una Virgen humilde, pequeña, oculta en el fondo de las montañas de Judea: a quien nadie conoce y que vive en extrema pobreza. No puede dudarse que es el alma más santa que existía sobre la tierra; es la Reina de los ángeles y de los santos, en el tiempo y en la eternidad; pero es también una débil criatura que no puede defenderse ni defender a su Dios. Y ahí desciende Nuestro Señor, a esa debilidad, a esa flaqueza, a esa pobreza; a las condiciones que El quiere para poder depender de su criatura, y donde quiere entregarse por completo, durante toda su vida y mientras exista el mundo, porque la Eucaristía es la prolongación de la Encarnación.

Se puede considerar el acto de la Encarnación como el acto más grande de generosidad. Pero, como ahora consideramos más particularmente la Pasión de Nuestro Señor, volvamos a la generosidad que El nos ha demostrado en sus penas y en sus terribles dolores. ¿Puede haber algún corazón que intentando comprender lo que por

él ha sufrido Jesucristo no quiera devolverle toda la generosidad de que es capaz? Y para esto, hermanas, ¿qué debe hacerse? Hay que darse, entregarse y, a decir verdad, toda la vida religiosa consiste en eso: darse, volver a darse constantemente. Nos damos para entrar en religión; nos damos cuando tomamos el hábito y también el día de nuestra profesión. Pero esto no es todo; hay que darse, además, a todas las horas y en todos los instantes del día. Si una quiere santificarse hay que vencerse desde la mañana hasta la noche, hacerse violencia, ser generosa en estos esfuerzos, frente a las tentaciones, frente a los decaimientos, frente a nuestras propias aptitudes; hay que darse siempre e ir adelante dándose continuamente. Me explicaré:

En primer lugar, hay que ser generosa en la oración. Ya sabéis que Santa Teresa dice que no puede adelantarse en la oración sin proponerse ayudar a Cristo a llevar su Cruz. Las personas que buscan deleites, luces, consuelos, no progresarán nunca.

Hay que proponerse acompañar a Nuestro Señor Jesucristo en su Pasión; acompañarle en el Huerto de los Olivos, ayudarle a llevar su Cruz

y llevarla en pos de El. Quien entre en el camino de la oración sin decidirse a llevar su cruz no tiene la verdadera disposición que el alma necesita para avanzar en la oración. Comprenderéis, hermanas mías, que la oración es un camino de generosidad. Es necesario que la vida sea un SI perpetuo a Dios; por eso, cuando Dios pide alguna cosa, hay que dársela.

Aconsejaba San Francisco de Sales a sus religiosas y también yo lo he recomendado, el prever cuando os vestís por la mañana las diversas disposiciones que la Divina Providencia pudiera enviaros en el día y ante cada disposición de la Divina Providencia, decir siempre: "*Sí, Dios mío.*" Pues eso, hermanas mías, es la oración. Dios pide y el alma responde entregándose. Y cuando Dios se retira y ya no habla, entonces tenemos la fe, tenemos el Evangelio y tenemos nuestras Reglas. Sabemos muy bien lo que Dios pida cuando no habla, pide la perseverancia en la oración; esto es lo que Nuestro Señor enseña en su Evangelio; nos manda llamar siempre, importunar pidiendo. Y los ejemplos que El nos da son terminantes. Escoge un hombre que no tiene pan, va a pedirselo a su amigo. Y nos presenta a éste haciéndose el desentendido, fastidia-

do de tanto ruido en su puerta y que no se mueve porque no quiere dar nada, mientras el otro llama con insistencia, pide, suplica.

Fijaos bien cómo responde esto al estado de un alma en la que Dios no abre la puerta, nada contesta; donde parece que Dios no existe, o al menos que está en las alturas, en el cielo, mientras que nosotros peregrinamos sobre la tierra, sin ninguna comunicación con El. Y Nuestro Señor, ¿qué nos propone? Continuar toda la noche llamando a la puerta, sin ninguna interrupción, sin ningún descanso, y añade: *"En verdad os digo, pedid y recibiréis; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá: porque quien pide recibe, quien busca encuentra y a quien llama se le abre."*

Ya sabéis esto: es el Evangelio y es una ciencia que todos tenemos; por consiguiente, la generosidad en la oración consiste en perseverar suplicando. Cuando no tenemos otra cosa..., pidamos, roguemos, supliquemos; la oración de súplica es muy meritoria a los ojos de Dios. Cuanto más pobres somos, más motivo tenemos para suplicar. Necesitamos el espíritu de fe, el espíritu de amor y el espíritu de generosidad; pidá-

mosle confiadamente. Presentémonos a Dios como una tierra sin agua, sin camino. *"In terra deserta, et in via et in aquosa"*, según la expresión del Salmista. Continúad rezando, pidiendo, suplicando; perseverad esperando cuando Dios no habla; esa es generosidad y generosidad muy meritoria.

Para animaros mirad a la Santísima Virgen. No hay que imaginarse que la Santísima Virgen, porque era pura, santa, perfecta, entraba en éxtasis tan pronto como se volvía hacia Dios. Le comunicó a una sierva suya, que aunque Dios le había otorgado gracias inmensas y extraordinarias no hubo una sola que no la atrajese las súplicas humildes y una oración continua. No sería la Reina de las virtudes si no hubiese enseñado a los hombres a suplicar y orar en los momentos en que Dios no la colmaba de sus consuelos. Contempladla en el Calvario y ahí tendréis la prueba de que no siempre estaba llena de consuelos. ¿No fue el sufrimiento colmado, que recibía por todas sus virtudes? Lo mismo durante toda su vida; tuvo que hacer esfuerzos dignos de la gracia que recibió cuando el ángel vino a visitarla para anunciarle la Encarnación del Verbo de Dios en Ella. Su trabajo, su gene-

rosidad y su oración provenían, ciertamente, de la cumbre de todas las virtudes; pero no hay duda que Ella continuamente se daba.

Vuelvo al Calvario. ¿Qué daba la Santísima Virgen en el Calvario? Daba a Jesucristo, su Hijo, su Dios, su amor, su vida, y le daba sufriendo atroces dolores y una muerte cruel. Ella le ofrecía como el primero de los sacerdotes, y allí, al pie de la Cruz, inmolaba a Jesucristo, porque era la voluntad del Padre, y ofrecía su sacrificio en unión perfecta con la voluntad divina.

Es necesario que se encuentre todo esto en la generosidad de nuestra oración; porque esta generosidad lo da todo sin exceptuar nada y se une a todas las voluntades de Dios; este es el primer punto de la generosidad de un alma religiosa que se esmera en una meditación ardiente considerando todo lo que Jesucristo ha sufrido por ella.

Hay, generalmente, generosidad en la acción; en esto, hermanas mías, seamos razonables. ¿Qué es lo que Dios pide al alma religiosa? Ante todo, la fidelidad en lo que ha prometido. Habéis hecho el voto de pobreza, de castidad, de obediencia;

vuestra generosidad debe estar en la práctica de esos tres votos y de las tres virtudes que les corresponden. No hay que imaginar una generosidad en China; decir por ejemplo: “¡Ah!, si yo tuviese salud, haría como el bienaventurado Padre Fourrier (cuya vida se lee ahora en el refectorio), desgarraría mi cuerpo, dejaría correr los gusanos en mis llagas. Desgraciadamente, no me lo permiten, no puedo hacer nada.” Todos esos hermosos discursos no os hacen progresar en nada; es necesario poner vuestra generosidad en la práctica de las virtudes religiosas y en la observancia de vuestras Reglas.

¿Creéis vosotras que es poca cosa, a los ojos de Dios, una generosidad tan completa en la obediencia, que se quiera obedecer en todo y se sacrifique todo a esta obediencia, buscando fijar en el alma todos los grados de obediencia que le sirvan como de tantos peldaños para elevarse hacia Dios?

Digo lo mismo de la pobreza. No hay duda que ninguna de vosotras desea poseer una finca o una casa; admito, incluso, que no tengáis ningún apego a vuestro cuchillo, como San Doroteo, pero tenemos la perfección de la virtud, que con-

siste, como dice la Regla, en un generoso desprendimiento de las cosas; en estar pronta para dejar las casas y las personas, aún las más queridas, y que sea por Jesucristo y por su santo amor este desprendimiento de todo lo de la tierra.

¿Habéis llegado todas al extremo de ese gran personaje del siglo XVII, que durante una grave enfermedad se imaginaba que de repente era expulsado de su casa y puesto en la puerta de la calle, y allí, en un rincón, sobre un estercolero, exhalaba su último suspiro? El pensamiento de esta falta de todo consuelo, de esta pobreza de albergue, de toda clase de satisfacciones, le causaban tanta alegría que él mismo contaba, que en sus fiebres altas era para él una distracción intensamente agradable y con su ayuda hacía deliciosos los ratos de ocio. Este hombre santo tenía ciertamente un amor grande a la pobreza, y, sin embargo, no era religioso: era un santo sacerdote. Por consiguiente, es algo grande el ser pobre en todo; pobre también de sí mismo, y ahí es necesario poner la generosidad.

La castidad tiene también su generosidad, que consiste en abstenerse de toda satisfacción, de

todo afecto a nuestra naturaleza, de todo lo que agrada. Consiste, además, en un amor virginal hacia Nuestro Señor, que preserva de todo otro amor; que no quiere agradar a las criaturas; que escoge por divisa esta palabra de San Pablo: "*Si agrado a los hombres, no soy siervo de Jesucristo.*" Y, en consecuencia, no desea ser estimado, ser aplaudido, ser querido, y tampoco busca apoyo en cosa de este mundo.

Finalmente, coged vuestras Reglas; piden una gran generosidad, consiste en la fidelidad a los más insignificantes detalles de la Regla. Se está durmiendo y hay que levantarse cuando tocan la campana; se habla, pero se calla, pensando que es momento de silencio; se tiene algo que decir, y no se dice; cuesta hacer algo y se hace inmediatamente; se busca refugio en la Regla de la humildad y de la caridad cuando hay alguna humillación que soportar. Esto es algo importante, y os pido esta generosidad verdadera, práctica, sólida, que se adhiere a lo que los Soberanos Pontífices y los Santos han declarado ser lo mejor para el alma religiosa. Os dije muchas veces, que un Papa santo decía: que si él tuviera la seguridad de que un religioso hubiese observado siempre todos los puntos de su Regla, le ca-

nonizaría inmediatamente, sin necesidad de más pruebas. Los Soberanos Pontífices no os piden que hagáis un surco en vuestra espalda; ni tampoco meter de nuevo los bichos, que os atormentan, cuando ellos se escapan; esto es un camino extraordinario que no todos son llamados a seguirle, como lo fue el bienaventurado P. Fourier; pero sí os piden que todos los días de vuestra vida practiquéis los votos que habéis hecho y las Reglas a las que os habéis sometido. Si hacéis esto os considerarán como santas, de una santidad que ellos mismos están dispuestos a proclamar. El bienaventurado Berchmans no hizo nada extraordinario, pero había hecho extraordinariamente bien todas las cosas de la vida común, y cuando murió tenía entre las manos el libro de sus Reglas; podía decirse que ahí estaba compendiada toda su vida. Por eso, la Iglesia le proclamó bienaventurado.

Vuelvo a lo que antes os decía: Dios ha usado con nosotras de una generosidad admirable, que se deja ver en todos sus Misterios; nosotras somos cristianas, instruidas con la luz del Evangelio. Somos religiosas consagradas a Nuestro Señor; tenemos ante nosotras la generosidad de Nuestro Redentor. Nada tenemos que de El no

hayamos recibido. De la Sangre de Cristo, derramada por los golpes de la flagelación en la coronación de espinas y, sobre todo, en la Cruz, han salido las gracias que os hacen capaces de cumplir lo que os pido. Entregaros sin cesar, daos en la misa y en la comunión unidas a Cristo, que también se da a vosotras, y que todos los actos de vuestra vida religiosa sean actos donde pongáis al entregaros toda la intensidad de vuestra alma, y entonces seréis almas generosas.